

NEW LEFT REVIEW 144

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2024

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN Gaza y Nueva York 7

ENTREVISTA

SERGE HALIMI La situación de Francia 25

ARTÍCULO

OLIVER EAGLETON El moldeado del mundo de
Therborn 49

HITO STEYERL ¿Formación del sentido común? 77

SAUL NELSON El *kitsch* en la alta cultura 91

LOÏC WACQUANT Sobre el afropesimismo 105

LEO ROBSON Jameson después de la poscrítica 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Tarea inconclusa 143

PATRICIA McMANUS Maneras de leer 152

CIHAN TUĞAL Viejas nuevas izquierdas 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



CRÍTICA

Philip Cunliffe, George Hoare, Lee Jones y Peter Ramsay, *Taking Control: Sovereignty and Democracy After Brexit*, Cambridge, Polity, 2023, 240 pp.

FRANCIS MULHERN

¿TAREA INCONCLUSA?

La cuestión de la soberanía nacional fue el envite clamoroso puesto en liza en el referéndum celebrado en 2016 para decidir sobre la pertenencia de Reino Unido a la Unión Europea. Para los partidarios del abandono de la misma, cuyo dinamismo retórico era infatigable, incluso en medio de todas las advertencias de dislocación y depresión económicas, era una lucha en pro del renacimiento, una reafirmación de la independencia británica frente al super Estado autoritario afincado en Bruselas y el lanzamiento de una «Gran Bretaña global» recargada. Para el bando defensor de la permanencia la salida de la Unión Europea no solo era económicamente temerario y fantasioso, sino también una pesadilla cultural, que presagiaba un futuro de racismo y xenofobia exacerbados al deshacer una soberanía racionalmente compartida en nombre de una autarquía nacional idealizada. Estas proyecciones ofrecían numerosas variantes, que se hallaron aderezadas por otros argumentos anexos, aunque ninguno de ellos tuvo un recorrido significativo en el fragor polémico de las respectivas campañas a favor y en contra registrado durante el referéndum, y ambas estaban fundamentalmente equivocadas. Eso es lo que sostienen los cuatro autores de *Taking Control: Sovereignty and Democracy after Brexit*, un manifiesto (la palabra no es suya) a favor de la «tarea inconclusa» del Brexit, que atañe de hecho a la soberanía nacional, aunque en un sentido que no pueden entender ni «los euroescépticos y populistas de derecha» ni «los eurófilos liberales y de izquierda».

La UE no es un super Estado alcanzado o en ciernes, sostienen. De hecho, su propósito estratégico ha sido precisamente no serlo o no llegar a serlo, sino crear un modo de gobierno estructuralmente «evasivo», que combina una reivindicación formal de legitimidad democrática (el Consejo Europeo y el Consejo de Ministros están compuestos por miembros electos de los gobiernos nacionales) con una coartada política siempre disponible para las decisiones impopulares («Bruselas», dicen encogiéndose de hombros, y eso es todo). En la forma de la UE, «las elites dominantes europeas han cedido voluntariamente la soberanía nacional para blindar sus políticas neoliberales preferidas contra la oposición popular y así evitar tener que responder ante sus propios electores nacionales». La certeza complementaria de que el Brexit alcanzó el éxito gracias a los votos de nacionalistas reaccionarios, racistas, xenófobos y otros de peor especie suena contradictoria en boca de los cosmopolitas oficiales, cuya compasión acaba puntualmente en las fronteras de la Unión. No está confirmada por los datos disponibles, que sí respaldan no obstante la hipótesis simple de que la mayoría de quienes votaron a favor de la salida se sentían alejados de los procedimientos de toma pública de decisiones. (En 2016 más de la mitad de los trabajadores y de quienes no poseían ninguna titulación académica había dejado de votar por completo). La medida de la desafección popular se capta en el dato de que casi la mitad de los defensores del sí -46 por 100- creía que el referéndum estaría amañado. «El voto dejó claro el enorme abismo existente entre el electorado y la elite política», escriben los autores, o, en la terminología que toman de Peter Mair, «el vacío».

Taking Control: Sovereignty and Democracy After Brexit incluye una reedición documentada de la campaña del referéndum y de sus consecuencias todavía no resueltas, pero abarca un periodo histórico más amplio, que se retrotrae a mediados del pasado siglo, en el que se produjeron cambios decisivos en las formas de gobierno político, al tiempo que contempla las perspectivas futuras de que se inicie una lucha en pro de la renovación democrática. El Reino Unido que tomó forma durante las décadas de 1940, 1950 y 1960 ya no tenía una orientación principalmente imperial: su prioridad era interna, la retórica vigente en ese momento era una especie de colectivismo nacional en el que el Partido Laborista marcaba el ritmo, pese a que los conservadores retuviesen el poder. Entonces llegó la *revancha* thatcherista de la década de 1970 y el ascenso del neoliberalismo, que el Nuevo Laborismo de Blair confirmó debidamente como nueva normalidad económica y social con consecuencias destructivas para «la nación británica entendida como asociación política». A ello le siguió el descenso en la participación política expresado en la caída de la participación electoral, la merma de la lealtad a los partidos, de la afiliación y del activismo, y la desaparición de la diferenciación entre la política de los distintos partidos,

todo lo cual favoreció el surgimiento de una «clase gobernante» homogeneizada (Mair de nuevo) y su contraparte por abajo, esto es, una población desanclada, fragmentada, «interseccional»: ciudadanos de un vacío. La soberanía debilitada que se materializa en la categoría de «Estado-miembro» es «el envoltorio ideal para la política neoliberal posdemocrática». «El espíritu político de la integración europea puede describirse como un “liberalismo autoritario”: los intereses y la protección de la propiedad privada se elevan sobre la voluntad de las mayorías democráticas», como sin duda recordarán los votantes de Irlanda y Grecia. Su contenido político es «lo opuesto a la soberanía nacional, pese a que en último término el envoltorio formal de la soberanía jurídica siga manteniéndose intacto y pueda afirmarse, como ahora ha hecho Gran Bretaña».

Esa distinción es crucial para Cunliffe y sus coautores, que defienden que la incapacidad de los euroescépticos conservadores de aprovechar el éxito que les proporcionó el Brexit para poner en marcha un proyecto más amplio se ha debido a su incapacidad de comprender la naturaleza de la UE como una entidad neoliberal y a su propia participación doctrinaria en la creación de esta. (Los defensores del «quédate y reforma», por el contrario, apenas comprendían cabalmente los documentos procedimentales básicos de la Unión, redactados de tal forma que hacen enormemente improbable cualquier impulso en favor del aumento de la democracia). Su propio esbozo de un programa de reforma, hostil al regresivo «recuperar» del «Recuperar el control» euroescéptico y más aún a «los socialistas corbynistas [...] el ala militante del liberalismo autoritario de los eurófilos», es una lista de reivindicaciones «de democracia radical» de carácter específicamente político «concebidas para romper la oligarquía existente» y recargar la soberanía popular. Esta es «la tarea inconclusa» para la que el Brexit era condición necesaria, pero incomprendida, en una cultura política que los autores califican repetidamente de «exhausta».

«Llenar el vacío –reconstruir la representación política– es la principal tarea de la política democrática hoy en día», insisten Cunliffe y sus coautores, «y la representación exige soberanía». La soberanía solo puede ejercerse, sin embargo, dentro de un espacio y una población delimitados, con un otro lugar en el que prevalecen otras soberanías. La tarea principal es, más precisamente, la de construir «naciones democráticas». Estas serían «naciones nuevas», no basadas en tradiciones agotadas o en identidades culturales o étnicas homogéneas. Emergiendo de «las contradicciones y el naufragio de la categoría de Estado-miembro, [...] su única base posible es un compromiso compartido con el autogobierno colectivo».

Pese a su elocuencia y énfasis, *Taking Control: Sovereignty and Democracy After Brexit* es un libro que no elude los vicios de sus virtudes pedagógicas: metódicamente ordenado y expuesto, con pacientes indicaciones y

resúmenes, podría haber sido significativamente menos repetitivo. A continuación presenta el programa democrático para el Reino Unido, centrado en tres contradicciones básicas del Estado británico. En primer lugar, el lema «¡Reino Unido global!», lanzado por Theresa May, fue una señal para las elites políticas y empresariales internacionales de que el Brexit no cambiaría fundamentalmente el modo de funcionar del Reino Unido en el mundo. Su clase política no conoce otro modo, como atestigua el historial posterior al Brexit. Debería desecharse esta arrogancia para asumir en su lugar una política exterior consistentemente soberanista y democrática. Una intergubernamentalidad como la del Consejo Europeo supone la derogación ineludible de la soberanía nacional y ha sido rechazada como tal. El Reino Unido debería abandonar la OTAN, otro organismo intergubernamental, estableciendo una disuasión nuclear completamente independiente, y al mismo tiempo decidirse a liquidar las reivindicaciones territoriales posimperiales todavía existentes.

En segundo lugar, el Brexit fue protagonizado por una clase política que sostiene debilidades fundamentales en la constitución del Reino Unido, sobre todo en relación con Irlanda del Norte, donde la autoridad de Westminster depende crónicamente de la cooperación de la República de Irlanda. El Reino Unido afirma no solo gobernar donde no debería hacerlo —la familiar reivindicación nacionalista— sino donde de hecho no puede. Este estado de cosas solo puede resolverse con el final de la Unión y la reunificación de Irlanda. Otra debilidad es la descentralización, que ha promovido «un separatismo provinciano y autoritario» en Escocia y Gales. Derrotar al separatismo escocés es «una prueba clave», que exige «una visión de la democracia británica capaz de convencer a los votantes escoceses no solo de que rechacen la secesión sino también de que abandonen la devolución de poder».

En tercer lugar, el Brexit ha demostrado el potencial democrático conservado en la doctrina constitucional de la soberanía parlamentaria, pero «la oligarquía de partidos políticos quebrados, que abusan de ella solo para gobernar por encima del vacío» lo embota. La refundación de la democracia británica implica descomponer estas formaciones y conformar fuerzas políticas más adecuadas. Los autores defienden seis reformas parlamentarias concretas: *ilegalizar la financiación de partidos políticos por parte de grandes empresas* y establecer un tope a las donaciones individuales en una cuota fija razonable; *permitir la deposición de parlamentarios por razones políticas*, aceptando la hipótesis de que determinados parlamentarios puedan desviarse de sus mandatos electorales, pero con el corolario de que reconozcan el derecho de los electores a someter su decisión a juicio de inmediato; *introducir la representación proporcional para la elección de los parlamentarios*, no como un principio abstracto, se cuidan de decir, sino como un medio para permitir que surjan nuevos partidos y logren representación parlamentaria;

abolir la Cámara de los Lores, puesto que las leyes deberían aprobarlas exclusivamente los representantes electos, que a su vez deberían tener la responsabilidad exclusiva de vigilar la legislación; *ampliar la Cámara de los Comunes*, en apoyo de ese fin antitecnocrático; *revocar todas las leyes que limitan la expresión política*, puesto que, «después del propio voto, la libertad de los ciudadanos para expresar opiniones y cuestionar las opiniones de los demás es la condición más importante y necesaria para la igualdad política y el autogobierno democrático».

Todas estas reformas pueden implementarse en el marco constitucional existente, pero ninguna de las formaciones políticas actuales es capaz de actuar de acuerdo con ellas. «Las grandes tradiciones del socialismo y el conservadurismo están en quiebra y, con ellas, la vieja división izquierda/derecha ha perdido todo significado». Hay una necesidad urgente de «un nuevo movimiento político» y «de una perspectiva [...] centrada en la realización de la autodeterminación colectiva a través de la búsqueda de la soberanía nacional».

Cunliffe, Hoare, Jones y Ramsay han esbozado un interesante prospecto para propiciar un nuevo arranque de la política británica. No hace falta seguirlos en todos los eventuales giros hiperbólicos de su razonamiento –la argumentación drástica a favor de conservar las armas nucleares, por ejemplo, o la afirmación contradictoria en sí misma, en una obra que se declara «demócrata radical», de que «la vieja división izquierda/derecha» ya no tiene sentido– para reconocerlo debidamente. Inclínándose a interpretar con benevolencia las motivaciones de los partidarios de la salida de la UE, adoptan al mismo tiempo una visión inclemente contra los cosmopolitas desarraigados que votaron por la permanencia, pero la declaración fundamental del libro conserva su fuerza: ninguno de los bandos era lúcidamente consciente de que en el referéndum de 2016 lo que estaba en juego era el futuro de la gobernanza neoliberal, esto es, el crecimiento del modelo de «Estadomembro» posdemocrático como forma de gestionar el vacío político.

La alternativa que ellos plantean a esta condición es la nación, una entidad social histórica imaginada rigurosamente como la totalidad de los ciudadanos de un territorio delimitado, un «pueblo» abstraído de los seres variopintos, las identidades y las variadas agrupaciones sociales que componen una población contingente; ciudadanos portadores de una igualdad política genuina y no de los múltiples intereses fraccionarios cultivados ahora bajo la rúbrica de la «interseccionalidad». Las reivindicaciones interseccionales han proliferado, sostienen Cunliffe y sus coautores, donde antes había una visión de una «política universalista con capacidad para eliminar divisiones sociales de todo tipo»; hoy, la izquierda «está cómoda con la clase trabajadora solo en la medida en la que esta mantiene una posición quejumbrosa, victimizada, que acepta de forma pasiva el socorro de las elites

progresistas». La decisión tomada por Corbyn de rechazar el Brexit fue profundamente derrotista, dicen, constituyendo «el clavo definitivo en el ataúd de la socialdemocracia del siglo XX».

El populismo ha sido la forma de respuesta espontánea a la crisis de representación política verificada en el Reino Unido y en otras partes y ha tenido una eficacia necesariamente limitada. Su valor positivo es el de construir una protesta imposible de pasar por alto: «Realmente estamos gobernados por una elite no representativa, que trabaja para sí misma». Pero la protesta ha sido más sintomática que consecuente: la postura monótona del «intruso antisistema» es estéril y, en el peor de los casos, cuando se lleva a cabo en el gobierno, mera afectación: «La perspectiva populista es una media verdad engañosa capaz de describir el problema del vacío, pero carente de una solución para el mismo». Esa solución, dicen los autores, radica en otra parte y exige «una visión más amplia de qué es lo que nos une, qué significa nuestra ciudadanía común, y cómo deberíamos institucionalizarla».

Por un momento, la visión y el significado parecen dados de antemano, presupuestos ya en el *nosotros*, los creadores del *nosotros*, o sea, nosotros mismos. Pero el contrapunto admonitorio se encuentra muy cerca, en el ejemplo negativo constituido por la Quinta República francesa, donde la abstracción virtuosa de la francesidad con exclusión de cualquier otra identidad calificativa es un acto de borrado político-cultural, que niega que la historia colonial del país siga afectando al corazón de su población actual. Sustituíamos «francés», con todos los ajustes necesarios, por «británico», y ahora no solo como comparación pertinente, sino también como objeto de importancia programática crucial. El objetivo es el de reconstituir «la nación británica» en pueblo soberano dentro de un espacio coherente. Partes de ese espacio han sido, sin embargo, recalificadas, separadas parcialmente de la parte más amplia del territorio estatal por la descentralización y la agitación a favor de la independencia. La nación ha quedado suplantada por «naciones» más pequeñas para detrimento del movimiento democrático radical, que debe, por lo tanto, instar a estos pueblos regionales a abandonar las aspiraciones separatistas e incluso la propia devolución de poder. «Las elites cosmopolitas de Londres y Bruselas podían consentir las identidades subnacionales de Gales y Escocia precisamente porque debilitaban aún más el poder de los Estado-nación centralizados». El alegato contra estas amenazas subnacionales a una nación británica se presenta con una energía y una persistencia excepcionales y sin concesión alguna a la idea de que pudieran presagiar algo distinto y mejor que una versión renacida del viejo Estado imperial: una descomposición del Reino Unido multinacional, por ejemplo, como el desaparecido Tom Nairn defendía y esperaba, en un conjunto de obras clásicas que los autores no han considerado oportuno incluir en una bibliografía que ocupa aproximadamente dos docenas de páginas. En este

apego pertinaz a la integración de la Gran Bretaña del Norte hay algo más que un débil eco de Brecht, el poeta de «La Solución», cuyo consejo sardónico a los gobernantes de Alemania Oriental, exasperados con sus masas ingobernables, era: «¿No sería más fácil/ [...] Para el gobierno / disolver al pueblo / Y elegir otro?».

Con el Reino Unido en general sucede lo mismo que con Escocia. Existe la nación en otro tiempo empírica, creación en gran medida del laborismo de posguerra, pero que ahora se ha desintegrado y está dominada en todos los ámbitos por «liberales autoritarios», quienes «cultivan la política de identidad censuradora que deslegitima la nacionalidad política y el autogobierno democrático, y fomenta en su lugar el Estado policial interseccionalista»; y existe la búsqueda rigurosa de la agenda democrática radical. Tenemos el «cercado» neoliberal y tenemos la voluntad de realizar la abstracción, que es la nación británica. La retórica de la polaridad es insistente: una cultura política de derecha y de izquierda «exhausta y zombificada» por igual, con los partidos convertidos en sendos «cascarones vacíos», frente a la idea de soberanía. Falta, entonces, crear el «movimiento» hipotético desde la primera hasta la segunda.

«¿Utópico?», es la pregunta retórica que los autores presentan en sus últimas páginas. Nihilismo sería un diagnóstico más revelador, tal es el purismo de esta crítica democrática radical, una especie de democratismo de extrema izquierda. El socialismo es parte fundamental del libro, pero solo en forma de su extinción moral. Acerca del corbynismo y otras manifestaciones del izquierdismo laborista, los autores se muestran particularmente mordaces. Las panaceas marxistas de extrema izquierda son recuerdos inútiles y «presuntuosos» de otros tiempos. Entre las pocas alusiones de pasada a un posible potencial estratégico positivo se encuentra el uso no reconocido del concepto de hegemonía gramsciano (George Hoare ha colaborado en una introducción a la obra de Gramsci). La contraparte de esta ausencia estratégica es una ocasional penetración discursiva en otros registros, liberales o nacional-populares, y una proyección política que dados sus compromisos responsables con el Estado del bienestar, el unionismo territorial resuelto, la disuasión nuclear independiente y el hambre insaciable de algún tipo de «liderazgo mundial», podría considerarse una sombra del Partido Laborista de décadas pasadas.

Esas fluctuaciones políticas pueden interpretarse como síntomas del vacío que Cunliffe y sus copensadores han creado como la atmósfera que favorece un movimiento democrático radical. Y en esto, irónicamente, su esquema de «nación británica» renovada repite el diseño básico del esbozo que Tom Nairn trazó para el opuesto histórico de dicha nación, esto es, la vida «posterior al Reino Unido». En ambos casos, las apuestas definitorias son constitucionales y apelan a establecer prioridades políticas, que son

correspondientemente generales y de manera paradójica especializadas y, por lo tanto, apartadas de la senda ordinaria de los asuntos públicos. Pero este es un curso muy arriesgado, que equivale a invertir por completo el orden común de cosas. Para la mayoría de la población y durante la mayor parte del tiempo, el fin que justifica la política es el de defender y mejorar las condiciones de vida ordinarias con independencia de cómo ello pueda materializarse en unas circunstancias históricas dadas. En caso contrario, la política puede fracasar por completo y podría decirse que es lo que está haciendo. La apuesta estratégica de *Taking Control: Sovereignty and Democracy After Brexit* es una contradicción en marcha. Las reivindicaciones constitucionales florecerán mejor, si van unidas a programas sociales afines y con estos llegan esas mismas tensiones que el llamamiento a una nación abstracta supuestamente debe aplacar, incluido ahora también el espectro del Brexit, que no es ni mucho menos una tarea acabada para ninguno de los bloques votantes de 2016 y cuyas manifestaciones confusas podríamos esperar que alcancen su punto culminante como muy tarde en 2025, cuando deba revisarse el Tratado de Comercio y Cooperación entre Londres y Bruselas. En dichas restricciones, tal vez haya espacio para hacer campaña a favor de la reforma constitucional y ello con la esperanza de alcanzar cierto éxito, como atestigua el historial de campañas anteriores lanzadas en el Reino Unido. Se debe al menos en parte al trabajo de Charter 88 –una iniciativa que no se recuerda aquí– tanto que el infame sistema de votación de Westminster no se extendiese a las nuevas asambleas legislativas descentralizadas de Escocia y Gales, donde se utilizan sistemas proporcionales, como que la Convención Europea de Derechos Humanos quedase afianzada en una Ley de Derechos Humanos nacionalizada. Pero la turbulenta vida interna de Charter 88 en sus aproximadamente veinte años de actividad independiente, caracterizada por sus inevitables conflictos de perspectiva surgidos entre socialistas y liberales, entre agentes de influencia «internos» y movilizados democráticos populares, entre lealistas de partido e independientes, es un elemento igualmente revelador en toda esta historia. El constitucionalismo político sin atributos parece destinado a convertirse en una pasión inútil.

El futuro de un probable movimiento democrático radical sería inevitablemente plural, una red de alianzas a través del tiempo, más amplias o reducidas, de duración más prolongada o más breve, y no está completamente claro, pese a todas las palabras tranquilizadoras de los autores a sus vecinos de mente abierta, que Cunliffe y sus copensadores se hayan equipado para los riesgos que ello traerá consigo. He aquí unos socialistas que tienen una mano de bienvenida política a almas pacíficas que creen de hecho que la vieja distinción entre izquierda y derecha ha perdido significado, al mismo tiempo que rechazan a una izquierda «exhausta», en general con un

menosprecio feroz. Esto, sin duda, corre el riesgo de empeorar las cosas. He aquí una izquierda irritada casi hasta el punto de la autoalienación por sus propias frustraciones y ahora candidata al papel transfigurador y falsamente heroico del inconformista. Esta compulsión –porque eso es lo que es– ha sido bien ejercida por la izquierda británica a lo largo de los años. George Orwell es su exponente legendario; en nuestra propia época se ha desempeñado en una serie de publicaciones, eventos y otras manifestaciones vivas, que componen la perduración libertaria *sui generis* del Partido Comunista Revolucionario y su revista mensual, *Living Marxism*, una formación con la que los autores están relacionados de diversas maneras. El resultado predecible de los retos inconformistas es lo opuesto a la imagen idealizada que tienen de sí mismos: una limitación de las posiciones en lugar de un movimiento productivo. Esto siempre es lamentable como estado de los asuntos intelectuales de la izquierda y en especial, de manera más patética, en el caso del punto crucial presentado a consideración por los autores de *Taking Control: Sovereignty and Democracy After Brexit*: si como afirman, con pruebas en la mano, la UE está prácticamente sellada deliberadamente contra la reforma democrática, la fórmula salvadora del «quédate y reforma» es una ilusión, y la pregunta –realmente es una pregunta– se afirma con la fuerza debida: ¿cómo puede la izquierda de cualquier parte justificar su apoyo a este bloque dominante intergubernamental de carácter neoliberal?